

## La muerte: un aprendizaje para la vida

A lo largo de estas últimas décadas ayudados por las distintas reformas educativas que ha “sufrido” el país e inspirados desde el exterior por informes como el de la UNESCO, la comunidad educativa (padres, profesores, psicólogos, orientadores, personal no docente...) ha ido tomando conciencia de la importancia de una educación permanente (a lo largo de toda la vida) e integral. Una educación pluridimensional que se concreta en la consabida retahíla de: educar para la paz, educar para la ciudadanía, educar para la salud, educar para el consumo, educar la afectividad, educar para la conservación del medio ambiente, educar la solidaridad, educar para la diversidad y la multiculturalidad... en definitiva, educar para la vida. Hoy, a lo largo de estas líneas queremos detenernos por un momento y preguntarnos quién o quiénes se están encargando de educar para la muerte, ¿somos igualmente conscientes de esta imperiosa necesidad humana?

Vivimos en una sociedad, la occidental, que emplea mucho tiempo y esfuerzo en educar seres inmortales, sujetos orientados hacia el éxito (que se traduce en poder y dinero) donde los valores en alza son por un lado la juventud y por otro la prisa, el vivir desbocadamente. Quién o quiénes serán los encargados de decir que sí hay tiempo y que el cómo lo usemos es lo que le va a dar sentido a la vida.

Quién o quiénes recordarán a nuestros niños y jóvenes que en toda biografía hay momentos de naufragio y por ello, no podemos fundamentar la realidad en los sueños, que hemos de vivir bien despiertos y dispuestos a encontrar nuestra actitud personal ante estos hechos inevitables de la vida.

El niño de hoy conoce muy bien la muerte violenta e impersonal que aparece a diario a través de la televisión pero desconoce la muerte natural e individual. Quiénes son los responsables de esta negación que está generando una sociedad frágil y desprotegida frente a la muerte y frente incluso a la misma adversidad. A nuestro parecer somos nosotros, los padres y educadores, el mundo adulto en general quienes obviando la muerte no estamos enseñando a vivir completamente. Nosotros quienes bajo una mal entendida protección estamos ignorando lo más propio y universal que nos sucede a los seres humanos.

La cultura que no valora la muerte, no valora la vida. La muerte, como la vida, ha de entrar en las escuelas y en el salón de casa con naturalidad, serena y progresivamente desde la primera infancia. No hace falta esperar a que simplemente suceda o a que la película de moda nos enfrente forzosamente a esta realidad.

Ayudar a los niños a alcanzar una actitud madura, serena y digna ante el hecho de dejar de existir es ayudarles a ser humanos. Ayudarles a crecer como personas y a vivir conscientemente la vida.

La introspección, la independencia, la capacidad de relacionarse, la iniciativa, la creatividad, la moralidad, la autoestima son algunos de los pilares sobre los que el ser humano desarrolla su capacidad para afrontar la vida y superar las adversidades transformándolas positivamente. No esperemos más por miedo, por prejuicio o por pudor para afrontar junto con nuestros hijos y alumnos la realidad de esta vida que es también, la realidad de la muerte. ■